

grave de nuestra literatura. Es una gran calamidad para un autor como Pope, que, por lo común, requiere cierta experiencia de la vida para disfrutar de sus ocurrencias, superior en todo caso a la que puede otorgar una época que ha dañado la capacidad de los hombres para el deleite. Por mi parte, yo tenía escasa familiaridad con este capítulo de nuestra literatura; y lo poco que sabía entonces era por lo general, como es el caso de la mayoría de los hombres en el transcurso de su vida, un conocimiento reflejo, adquirido gracias a esas misceláneas, mitad chismorreos y mitad crítica literaria, como el *Essay on Pope* de Wharton, el *Johnson* de Boswell, el *Pursuits of Literature* de Mathias, y otras muchas de esa misma clase indefinida, una clase, sin embargo, que cumple un servicio real a la literatura al difundir un conocimiento indirecto de los grandes escritores en sus pasajes más efectivos; un conocimiento que con frecuencia, por medios más directos, no podría difundirse.

Profundo conocedor de ciertas partes de nuestra literatura e ignorante de otras, sentí que era imposible asociarme de manera familiar con aquellos que carecían de este conocimiento; que carecían incluso de un conocimiento meramente histórico de la literatura como simple sucesión cronológica de nombres propios. ¿Menciono este dato en desdoro de Oxford? En modo alguno. En lo que respecta a los estudiantes de más alta posición, y en ocasiones de la mía propia, he llegado a saber desde entonces que muchos pudieron estar muy versados sobre este particular. Pero los grandes no buscan a los chicos; deben ser buscados; y, dada mi tendencia previa a la soledad, una tendencia hecha a partes iguales de impulsos y motivos, no estaba en condiciones de tomarme ninguna molestia ni de aceptar ninguna razón para buscar a nadie.

Pero, en este asunto, queda por contar otro hecho, del que estoy justamente orgulloso; y que servirá, mejor que cualquier otro añadido, para medir el grado de mi desarrollo intelectual. Cuando entré en Oxford, yo estaba treinta años por delante de mi época: ese aprecio por Wordsworth, que ha tardado tres décadas en establecerse entre el público lector, ya estaba en mí y empezó a obrar en mi propia cultura intelectual el mismo año en que abandoné clandestinamente la escuela. Ya en 1802 había dirigido una carta de ferviente admiración a Mr. Wordsworth. No la envié hasta la primavera de 1803; las señas no eran las correctas y tardó unos meses en llegar a sus manos. Pero obtuve respuesta de Mr. Wordsworth antes de cumplir los dieciocho años; y que mi carta fue juzgada como la expresión del homenaje de un admirador ilustrado lo prueba el hecho de que su respuesta fuera extensa y dilatada. No tengo intención de demorarme en esta anécdota; pero no puedo permitir que el lector pase por alto las circunstan-

cias del caso. Es cierto que hoy día no se puede abrir ninguna revista que no hable habitualmente de Mr. Wordsworth y no lo tenga por un gran poeta, o por *el* gran poeta de nuestra época. Mr. Bulwer, que vive bajo la presión más intensa del mundo y a quien ofuscan, si bien nunca de modo violento, las opiniones del mundo, atribuye a Mr. Wordsworth (en su *Inglaterra y los ingleses*, p. 308) «un influjo de carácter más noble e intelectual que el ejercido por cualquier otro escritor de nuestra época o nación»<sup>6</sup>. Tal es la opinión en que se tiene a este gran poeta en 1835; pero, ¿cuáles eran las opiniones en 1805, en 1815, incluso en 1825? Durante los veinte años que siguieron a la fecha de la carta antes mencionada, el idioma fue explotado y el ingenio torturado en la búsqueda de imágenes y expresiones lo bastante viles –lo bastante insolentes– como para transmitir el desprecio con que los críticos de moda recibían todo lo que había escrito. Uno de estos críticos –quien, según creo, dirige aún una revista bastante popular, y que pertenece a esa clase, débil, balbuceante e ingeniosa, cuya mayor ambición no es dirigir sino más bien obedecer con la adulación de un esclavo todos los caprichos de la mente pública– comparó la calidad de la mente de Mr. Wordsworth con la de una vieja niñera que arrullara, en su chochera parálitica, a un niño de teta. Si este insulto provocó alguna reacción peculiar en Mr. Wordsworth, fue en consideración a la insólita imbecilidad de quien lo profirió, y no porque en sí mismo fuera más abyecto o más insolente que el lenguaje usado por la mayoría de los periodistas que repetían como un eco la opinión pública. *Blackwood's Magazine* (1817) fue la primera publicación que acostumbó al oído público a escuchar el lenguaje de la admiración asociado al nombre de Wordsworth<sup>7</sup>. Quien inició esta política fue el profesor Wilson<sup>8</sup>; y bien recuerdo –qué digo, las pruebas son fáciles de reunir– que durante ocho o diez años esta opinión singular, al no tener la sanción de otras revistas, fue tratada como un antojo, una paradoja, una extravagancia atrevida de los críticos del *Blackwood*. Los vecinos de Mr. Wordsworth en Westmoreland, quienes en general sentían por él un pro-

<sup>6</sup> Edward Lytton Bulwer, Lord Lytton (1803-73), novelista y político, autor, entre otros muchos títulos, de las novelas *Los últimos días de Pompeya* (1834) y *Rienzi* (1835). Fue uno de los escritores más celebrados y exitosos de su tiempo. *Inglaterra y los ingleses* (England and the English) se publicó en 1833.

<sup>7</sup> *Blackwood's Edinburgh Magazine* fue una revista literaria fundada en julio de 1817 y editada con periodicidad mensual. De orientación conservadora, fue violenta en su crítica a los autores de la llamada escuela «cockney»: Hazlitt, Lamb y Keats. Thomas de Quincey se halla entre sus primeros colaboradores. La revista sobrevivió hasta 1980.

<sup>8</sup> John Wilson (1785-1854), poeta y crítico. Coetáneo de De Quincey en Oxford, y eminencia gris de la sociedad literaria escocesa, colaboró en *Blackwood* con el seudónimo de Christopher North.

fundo desprecio, solían refutar el juicio del *Blackwood* con una respuesta invariable: «Sí, *Blackwood* elogia a Wordsworth, pero, ¿quién más lo elogia?». En resumen, hasta 1820 el nombre de Wordsworth fue pisoteado; de 1820 a 1830 pasó a ser un nombre de culto; de 1830 a 1835 ha reinado triunfal. En 1803, cuando entré en Oxford, su nombre era totalmente desconocido; y el dedo desdeñoso que lo señaló en 1802 desde las páginas del primer o segundo número de *Edinburgh Review*<sup>9</sup>, no llegó a alcanzar su diana por el simple hecho de que no era conocida por el público. Sólo unas cincuenta personas, además de un servidor, sabían quién era «aquel poeta que había prevenido a su amigo, recomendándole que no se desdoblara», etc.; para todos los demás era un secreto impenetrable.

Este género de cosas debe saberse y comprenderse adecuadamente para valorar el yo profético y la intrepidez de dos personas como el profesor Wilson y yo mismo, quienes, en 1802-1803, nos adherimos a una bandera que aún no ondeaba ni estaba hincada en tierra; que nos adelantamos, de hecho, el equivalente de una generación a nuestros contemporáneos; y que supimos ver hacia 1802 *aquello* que el resto del mundo proclama en coro desde 1832.

El periodo de estancia del profesor Wilson en Oxford coincidió exactamente con el mío; no obstante, en ese ancho mundo jamás coincidimos. Sé muy poco, por tanto, de su comportamiento en relación con las opiniones o sentimientos que podían disociarle de la masa de sus coetáneos. Sólo sé una cosa, que vivió como quien dice en público; y que, según presumo, debe haber practicado una estudiada discreción en lo que atañe a sus admiraciones más hondas; y tal vez, en esa fecha (1803-1804), eran raras las ocasiones en que había de echar mano de tales disimulos. Hasta que Lord Byron empezó a robar de Wordsworth y a injurarlo, no era frecuente aludir a Wordsworth en conversación; y era por lo común con ocasión de alguna charla relativa a la poesía en general, o a los poetas del momento, cuando el fingimiento se volvía difícil. Por mi parte, pues odiaba el disimulo tanto como la necesidad que me llevaba a él, extraje de esta peculiaridad añadida de mi mente nueva savia, reforzando los motivos que explicaban mi retiro; y, durante los dos primeros años de mi residencia en Oxford, calculo que no llegué a pronunciar cien palabras.

<sup>9</sup> *Edinburgh Review* fue probablemente la revista literaria más influyente del momento. Fundada en 1802 y editada con periodicidad trimestral, entre sus colaboradores se hallan Hazlitt, Carlyle y Walter Scott. De tendencia liberal, fue particularmente dura en sus juicios sobre Wordsworth y Coleridge. La revista sobrevivió hasta 1929.

## II

## De Thomas de Quincey a William Wordsworth

Everton, 31 de mayo de 1803

Estimado señor:

Supongo que la mayoría de los hombres juzgaría lo que voy a decir grosero o al menos extraño; pero soy lo bastante atrevido como para imaginar que, dado que no se halla usted «en el bando de los hombres comunes», está en disposición, tal vez, de perdonar la inusual libertad que me he tomado.

Mi propósito al escribirle, señor, es que yo pueda tener en un futuro la satisfacción de recordar que hice al menos un intento por hacerme conocer ante usted, y que no perdí, por falta de esfuerzo, aquello sin lo cual, ¿de qué me puede servir la vida? No tengo otro motivo para solicitar su amistad que lo que (pienso) todo hombre que ha leído y sentido *Baladas líricas* ha de tener en común conmigo. No es necesario que exprese mi admiración y amor por estos encantadores poemas; ni tampoco es posible que lo haga. Además, estoy persuadido de que la dignidad de su carácter moral lo eleva muy por encima de la pequeñez de cualquier vanidad que pudiera complacerse con un aplauso tan débil e insignificante como el mío, ya que la trascendencia de su genio hace que cualquier aplauso esté muy por debajo de usted. Pero debo decir, en general, sin temor a la exageración, que la suma total del placer que he recibido de los ocho o nueve poetas que me ha sido dado descubrir desde que el mundo es mundo, es una parte infinitesimal del que me han proporcionado estos dos fascinantes volúmenes; que su nombre está para mí ligado eternamente con las maravillas de la naturaleza; y que no sólo usted sino también cada lugar y objeto que ha mencionado, así como las almas de esa deliciosa comunidad donde vive, son para mí...

¡más queridas que el sol!

Con tales opiniones, no es sorprendente que quiera tan intensa y humildemente procurar su amistad; no es sorprendente que la esperanza de esa amistad me haya sostenido durante dos años de una vida vivida parcialmente en el mundo, y por tanto no vivida con alegría; que haya dedicado mis plegarias matinales y nocturnas al cumplimiento de esa esperanza; que sea para mí ahora el único objeto digno de mi naturaleza o capaz de compensar mis angustias. A veces, de hecho, en la triste y deprimente vacuidad de las relaciones mundanas, esta esperanza pulsa aquellos acordes que tie-